Capítulo VIII

Llegada de los cónsules Emilio y Atilio a Etruria. Cogen en medio a los galos. – Orden y disposición de ambos ejércitos. – Batalla de Telamón. – Victoria lograda por los romanos.

Mientras tanto (año –226), Lucio Emilio, que guarnecía las costas del mar Adriático, oyendo que los galos habían invadido Etruria y se acercaban a Roma, vino con diligencia al socorro y llegó felizmente a la ocasión más precisa. No bien había sentado sus reales próximos al enemigo, cuando los que se habían refugiado en la eminencia, advertidos de su llegada por los fuegos que veían, recobraron el espíritu y destacaron durante la noche algunos de los suyos desarmados por lo oculto de un bosque, para que informasen al cónsul de lo ocurrido. Con este aviso, Emilio, comprendiendo que la urgencia no daba lugar a consultas, ordenó a los tribunos salir al amanecer con la infantería y él frente a la caballería se dirige hacia la colina. Los jefes galos, que se habían dado cuenta de los fuegos durante la noche, conjeturando la llegada de los enemigos, tuvieron consejo. El rey

Aneroesto dio su voto en estos términos: que supuesto que se encontraban dueños de tan rico botín, cuyo número de hombres, ganados y alhajas era al parecer inexplicable, no le parecía acertado arriesgar ni exponer toda la fortuna, sino tornarse a su patria impunemente; y luego que, desembarazados de esta carga, se hallasen expeditos, volver a atacar a los romanos con todas las fuerzas, si se tuviese por conveniente. Todos estuvieron de acuerdo en que se debía proceder en las presentes circunstancias según el parecer de Aneroesto, por lo cual la noche misma en que tomaron este acuerdo levantaron el campo antes de amanecer y marcharon junto al mar por Etruria. Emilio, aunque incorporó en su ejército el trozo de tropas que se había salvado en la colina, creyó sin embargo que en modo alguno le convenía aventurar una batalla campal, pero sí ir tras ellos y observar los tiempos y puestos ventajosos por si podía incomodar al enemigo o quitarle la presa.

Al mismo tiempo el cónsul C. Atilio, habiendo arribado de Cerdeña a Pisa con sus legiones, las conducía a Roma, trayendo el camino opuesto a los enemigos. Ya se encontraban los galos en las proximidades de Telamón, promontorio de Etruria, cuando los forrajeadores de éstos cayeron en manos de los batidores de Atilio y fueron apresados. Examinados por el cónsul, le informan de lo acaecido hasta entonces y le comunican la vecindad de los dos ejércitos, advirtiéndole que el de los galos se hallaba muy inmediato, y a espaldas de éste el de Emilio. Atilio, asombrado en parte con la noticia y en parte alentado por parecerle que con su marcha había cogido al enemigo entre dos fuegos, ordena a los tribunos que formen en batalla las legiones y avancen a paso lento, dándoles todo el frente que permitía el terreno. Él, fijándose en una colina cómodamente situada sobre el camino por donde precisamente habían de pasar los galos, toma la caballería y se dirige con diligencia a ocupar su cumbre para dar por sí principio a la acción, en la inteligencia de que de este modo se le atribuiría la gloria principal del suceso. Al principio los galos, ignorantes de la llegada de Atilio, infiriendo de esta novedad que la caballería de Emilio los había bloqueado durante la noche y se había apoderado con anticipación de los puestos ventajosos, destacan con prontitud la suya con alguna infantería ligera para desalojarlos de la colina. Pero en cuanto supieron por uno de los prisioneros que se trajo la llegada de Atilio, ordenan sin dilación la infantería de tal suerte que haga dos frentes, uno por detrás y otro por delante, en atención a que sabían que unos les seguían por la espalda, y se presumía que otros les saldrían al encuentro por el frente, conjetura que sacaron de las noticias que tenían y circunstancias que a la sazón ocurrieron.

Emilio había oído la llegada de las legiones a Pisa, pero no sospechaba que estuviesen tan cerca, y hasta que vio el combate de la colina no acabó de asegurarse que se hallaban tan próximas las tropas de su compañero. Destacó prontamente la caballería para socorro de los que peleaban en la altura, y puesta en orden la infantería según la costumbre romana, avanzó hacia los contrarios. Los galos habían situado a los gesatos e insubrios al frente de la retaguardia, por donde esperaban a los de Emilio, y al frente de la vanguardia habían ordenado a los tauriscos y boyos, habitantes del Po. Éstos tenían la formación contraria a los primeros, y estaban vueltos para contener el ímpetu de los de Atilio. Los carros con sus yuntas cubrieron una y otra ala. El botín fue colocado sobre un collado in-

mediato, con un destacamento para su custodia. Situado a dos caras el ejército de los galos, no sólo representaba una formación terrible, sino también eficaz. Los insubrios y boyos entraron en la contienda con sus calzones y sayos ligeros rodeados al cuerpo. Pero los gesatos, ya por vanidad, ya por valor, los arrojaron, y desnudos se situaron los primeros del ejército con solas sus armas, suponiendo que de este modo estarían más desembarazados y libres de que las zarzas que había en ciertos parajes se les enredasen en los vestidos e impidiesen el manejo de las armas. La acción tuvo principio en la colina, donde con facilidad la veían todos por la prodigiosa multitud de caballos de cada ejército que combatían mezclados entre sí. Entonces el cónsul C. Atilio, que peleaba con intrepidez, fue muerto en el combate, y su cabeza fue llevada a los reyes galos. A pesar de esto, la caballería romana realizó tan bien su deber, que al fin se apoderó del puesto y venció a los contrarios. Poco después avanzó la infantería una contra otra. Éste fue un espectáculo bien particular y maravilloso, tanto para los que entonces estuvieron presentes como para los que han sabido después representar en su imaginación el hecho por la lectura.

Efectivamente, de una batalla compuesta de tres ejércitos no puede menos de resultar un aspecto y género de acción extraño y vario. A más de que tanto ahora como entonces, durante el mismo combate, estuvo en disputa si la formación de los galos era la más peligrosa, por verse atacados por ambas partes, o si, por el contrario, la más ventajosa, porque peleaban al mismo tiempo con ambos ejércitos, afianzaba cada uno su seguridad en el que tenía a la espalda y sobre todo, cerradas las puertas a la fuga, no quedaba más arbitrio que la victoria, ventaja peculiar de un ejército situado a dos frentes.

Por lo que respecta a los romanos, ya les alentaba el ver al enemigo entre dos fuegos y rodeado por todas partes, ya les horrorizaba el buen orden y gritería del ejército de los galos. Porque la multitud de clarines y trompeteros, que por sí era innumerable, unida a los cánticos de guerra de todo el ejército, producía tal y tan extraordinario estrépito, que parecía no sólo que las trompetas y soldados, sino también que los lugares circunvecinos despedían de sí voces con el eco. Infundían también terror la vista y movimiento de los que se hallaban desnudos en la vanguardia, ya que sobresalían en robustez y bella disposición. Todos los que ocupaban las primeras cohortes estaban adornados de collares de oro y manillas; a cuya vista los romanos ya se sobrecogían, ya estimulados con la esperanza de rico botín concebían doblado espíritu para el combate.

Después que los flecheros romanos avanzaron al frente, según costumbre, para disparar espesas y bien dirigidas saetas, a los galos de la segunda línea les sirvieron de mucho alivio sus sayos y calzones; pero a los desnudos de la vanguardia, como sucedía el lance al revés de lo que esperaban, este hecho los colocó en gran aprieto y quebranto. Porque como el escudo galo no puede cubrir a un hombre, cuanto mayores eran los cuerpos, y éstos desnudos, tanto más se aprovechaban los tiros. Finalmente, imposibilitados de vengarse contra los que disparaban, por la distancia y número de flechas que sobre ellos caía, postrados y deshechos con el actual contratiempo, unos furiosos y desesperados se arrojaron temerariamente al enemigo y buscaron la muerte por su mano, otros se refugiaron a los suyos, hicieron público su temor y desordenaron a los que estaban a la

espalda. De esta forma fue abatida la altivez de los gesatos por los flecheros romanos.

Lo mismo fue retirarse los flecheros y salir al frente las cohortes, que venir a las manos los insubrios, boyos y tauriscos, y hacer una vigorosa resistencia. Cubiertos como estaban de heridas, mantenía a cada uno el espíritu en su puesto. Sólo había la diferencia que eran inferiores, tanto en general como en particular, en la estructura de las armas. Efectivamente, el escudo romano tiene una gran ventaja sobre el galo para defenderse, y la espada para maniobrar... contrariamente el sable galo únicamente sirve para el tajo. Pero después que la caballería romana descendió de la colina y los atacó con vigor en flanco, entonces la infantería gala fue deshecha en el sitio mismo de la formación, y la caballería tomó la huida.

Fueron muertos cuarenta mil galos, y se hicieron no menos de diez mil prisioneros, entre los cuales se encontraba Concolitano, uno de sus reyes. El otro, llamado Aneroesto, se refugió en cierto lugar con pocos que le siguieron, donde se dio la muerte a sí y a sus parientes. El cónsul romano, recogido que hubo los despojos, los envió a Roma, pero el botín lo restituyó a sus dueños. Más tarde tomó los dos ejércitos, atravesó la Liguria e hizo una irrupción en el país de los boyos. Saciado de despojos el deseo del soldado, llegó a Roma en pocos días con el ejército. Las banderas, las manillas y collares de oro, atavíos que traen los galos al cuello y manos, adornaron el Capitolio. Los otros despojos y prisioneros sirvieron para la entrada y decoración de su triunfo. De este modo se desvaneció aquella terrible invasión de los galos, que puso en tanta consternación y espanto a Italia toda, y principalmente a Roma. Después de esta victoria los romanos concibieron esperanzas de poder desalojar completamente a los galos de los alrededores del Po. A tal efecto, nombrados cónsules Q. Fulvio y T. Manlio, los enviaron a ambos con ejército y gran aparato de guerra. Este repentino ataque (año –225) aterró a los boyos, y les fue preciso someterse a la fe de los romanos. En el resto de la campaña no se hizo cosa de provecho, por las copiosas lluvias que sobrevinieron y pestilencial influencia que se introdujo en el ejército.